

DE MI LAGROS

El sol del mediodía hacía reverberar, empujando ondulante en alas de la caldeada brisa, al paisaje que se extendía ante nuestros ojos.

Refugiados a la sombra de un magnífico álamo, único árbol en todo lo que la vista abarcaba, nos protegíamos de la solanera al mismo tiempo que compartíamos un ligero refrigerio antes de continuar la marcha de aquel día.

El sorbo de agua dado por el Caminante a la cantimplora pareció despertar sus recuerdos pues una vez de pasado el dorso de la mano por los labios a modo de servilleta dijo, fue aquí y repitió quedo, aquí donde pareció haber ocurrido el milagro.

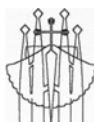
Ante mi expectante silencio, continuó. Las consecuencias de las prisas de la mañana se ponían de manifiesto, ahora, cuando en mi primer viaje, debajo de este mismo árbol, quise parar a reponer fuerzas constatando que no llevaba agua. Quizá la falta de agua no fuera el principal problema sino el dilema que se planteaba, o comía con riesgo de soportar la sed el resto de la larga jornada que aún quedaba por recorrer o practicaba un ayuno que podía poner en peligro el precario equilibrio del contenido de azúcar en mi sangre con sus peligrosas consecuencias. Como otras muchas veces había sucedido en aquel mi primer viaje la pregunta interior de <que hago yo aquí>, en medio de este desierto, sin agua y con un montón de kilómetros por delante volvió a repetirse como cada vez que alguna contrariedad ponía a prueba mi determinación de continuar la ruta.

Mi primer camino, siguió el

Caminante, tuvo su origen casi diríase por una apuesta. Unos amigos comentaban su proyecto de hacer, a pie, parte de un camino del que yo nunca había oído hablar, El Camino de Santiago, pues según decían, era el último año Jacobeo o Año Santo Compostelano del siglo. Ganaban así numerosas *indulgencias* lo cual parecía tener grandes alicientes para ellos

De todo lo escuchado me quedé con la copla de que se trataba de *llegar a pie, es decir caminando* hasta Santiago de Compostela, en Galicia ¿Por qué no? me dije por bajines. Pintaba bien. Lo de las *indulgencias* me traía sin cuidado pero lo de *a pie* días y días me pareció, por lo menos prometedor, y comencé a buscar los datos que, sobre el Camino de Santiago, todos, mas o menos ya conocemos. Lo que si estaba claro es que intentaría hacerlo entero, nada de componendas. Una vez cacareado el proyecto no quedó posibilidad de volverse atrás. Elegí el Camino Francés y como comienzo del mismo Sant Jean de Pied de Port de donde partí una mañana lleno de dudas y temores. Jornada a jornada había llegado entonces hasta donde nos encontramos ahora para descubrir mi olvido de acopiar agua.

Lamentaba mi situación cuando reparé en que, a lo lejos la inconfundible silueta de un pastor que con su perro y rebaño se recortaba en el horizonte y parecía dirigirse hacia donde yo me encontraba lo que así fue. En menos tiempo del que pudiera suponerse, dada la aparente distancia, pastor, perro y rebaño compartían la sombra que me cobijaba. La figura del pastor era recia, de mediana estatura, cara ancha y de agradable mirada. Lucía frondosa barba negra veteada de blancos hilillos y cubría su cabeza con un gorrillo veraniego, en tiempos blanco, y en el que en uno de sus laterales podía leerse **Cuida tu Tierra. No la quemes**. Pantalón de mahón, fuerte calzado, manta en bandolera, zurrón del que sacó un pedazo de recio pan, cecina



y bota de vino que compartió con mis descafeinadas viandas. Se apoyaba en una gruesa cachaba y por medio de varios silbidos hizo que el perro consiguiera arremolinar el rebaño a la sombra del álamo.

Después de los saludos de rigor, muy en su papel de anfitrión me ofreció su ayuda por si algo podía hacer para mi bienestar. Con la habitual suficiencia del novato le manifesté la imposibilidad de solucionar mi problema de falta de agua en aquel aparente desierto.

En su ancha cara apareció una sonrisa no menos ancha. Me pidió la cantimplora vacía y se dirigió hacia un punto de aquella nada haciéndome señas para que le siguiera. Al poco apareció, por la forma, una especie de caja de piedra con una abertura en uno de los lados. ¡Oh maravilla! era una fuente cuya agua manaba surgiendo en silencio del suelo de arena. Después de rebosar el pétreo recinto corría lentamente por la tierra hasta perderse entre los trigales. El habitáculo mantenía fresca el agua y las incipientes espigas la ocultaban de la vista, aunque, seguro que de haberla visto tampoco la hubiese identificado como fuente.

Comimos, como suele decirse en *amor y compañía* conversando como la gente del campo sobre temas que nos atañían a ambos, el calor, el tiempo, el ganado, el camino, etcétera. Hice algunas fotos del pastor y su rebaño y nos sentamos a sestear la breve comida. Los tientos dados a la bota de vino produjeron en mí el correspondiente sopor al que, lúdicamente, me abandoné sin oponer resistencia.

Cuando desperté, continuó su relato el Caminante, ningún rastro quedaba, ni cerca ni en el horizonte, de pastor, perro y rebaño. Por la altura del sol no parecía

haber pasado más de una hora. La fuente si que seguía en su lugar de cuya agua hice acopio para el resto de la jornada. Las circunstancias de lo sucedido, añadido a toda la mística que, por lo leído, envuelve a la primera peregrinación, hacían surgir de inmediato el regusto de haber sido beneficiado con un milagro del Apóstol.

De regreso a casa recogí nervioso en el laboratorio que se hacía cargo de los envíos de las fotos del viaje y con ansiedad busqué los contactos, aún no había llegado el tiempo de la digitalidad, de las fotos hechas al pastor.

Una extraña decepción, me decía el Caminante, me invadió al constatar la existencia del pastor en las fotos. La dirección que me dio, y a la cual envié unas copias de las mismas, resultó correcta pues al cabo de un tiempo, con una letra de acusados rasgos de principiante, recibí un escrito con los cumplidos agradecimientos por el envío de las fotos al mismo tiempo que me *deseaba salud y alegría*.

El silencio del Caminante me hizo entender que el relato había llegado a su final. Si que es una pena, dije, después de un largo silencio y añadí, sí que hubiese sido bonito la encarnación del Apóstol en pastor para alivio de tu sed.

Guardó el Caminante la petaca del orujo, de la cual había tomado un buen trago, y dijo, algo no va bien y repitió en voz más baja, algo no va bien en esto de los milagros, pues, o el Apóstol va *muy sobrao* y ya no necesita promociones o los peregrinos actuales, con sus ropas de diseño, carecemos de la fe y humildad que animó a aquellos primeros en llegar hasta la tumba del Apóstol para pedir su intercesión en alivio de todo mal y perdón por los pecados cometidos.

El amigo del Caminante

.....algo no va bien en esto de los milagros, pues, o el Apóstol va muy sobrao y ya no necesita promociones o los peregrinos actuales, con sus ropas de diseño, carecemos de la fe y humildad que animó a aquellos primeros en llegar hasta la tumba del Apóstol....

